

La historia social y los sin historia

Nuevas perspectivas de análisis y hemerográficas
para el estudio del proceso de
proletarización *

*Hilda Iparraguirre ***

La perspectiva global e integradora de la Historia Social ensancha la base de la historia. Esta historia "desde abajo", como también se la ha llamado, desplaza su interés de lo nacional a lo regional y aún a lo local, doméstico y cotidiano. Los historiadores sociales pretenden enfocar su mirada sobre conjuntos, grupos, sectores y estratos sociales ubicándolos en sus comunidades, en sus hogares, en los lugares de trabajo, en sus espacios de entretenimiento, etc. Describen y explican los elementos que les dan identidad y que los relacionan con otros conjuntos de hombres y mujeres de la sociedad. También, fundamentalmente a partir de la obra pionera de E.P.Thompson, sus esfuerzos van encaminados a la recuperación de la experiencia subjetiva de la gente. Pero, esta diversidad de temas no son fines en sí mismos, sino medios para iluminar la historia de los distintos grupos y de la sociedad de la que forman parte, de las estructuras sociales que sirven de base a los acontecimientos políticos.

La superación de los viejos reduccionismos de la historia como un cuerpo concluído de información, un objeto ya definido, propios del positivismo e idealismo del siglo pasado, vigente aún en gran parte del siglo XX; o el esquematismo economicista, respuesta de una época a la historia meramente política y cronológica, convierte a la historia social en una herramienta particularmente idónea para la historiografía latinoamericana. En efecto, sin por ello constituir su único objeto de estudio, en esta nueva perspectiva destacan los hombres y mujeres en la diversidad de sus grupos sociales: campesinos, comunidades indígenas, obreros, artesanos, trabajadores en general, muchos de ellos considerados los sin historia; considerados así en primer lugar, porque su verdadera historia está por escribirse. Como lo afirma el historiador y antropólogo mexicano Guillermo Bonfil Batalla, lo que hasta ahora se ha escrito sobre ellos es fundamentalmente un discurso de poder a partir de la visión occidental y colonizadora para justificar y racionalizar su dominación.

Para América Latina en general, y en el caso mexicano en especial, el estudio de la formación histórica de la clase obrera está estrechamente vinculado al conocimiento de la historia y la cultura de los grupos indígenas, que en general se refleja en la división de clases al interior de la sociedad. La mayoría de los sectores y clases populares tienen origen indio, con frecuencia muy próximo, lo que inserta su problemática en la amplia gama de los "sin historia", es decir, de quienes su historia está por escribirse. Y esto es

* Ponencia presentada al V Encuentro Internacional de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe: "Dilemas y desafíos de la historiografía latinoamericana actual", Sao Paulo 22-26 de octubre, 1990.

** Maestría de Historia. Escuela Nacional del Antropología e Historia INAH/SEP, México.

particularmente cierto para los historiadores sociales que no nos conformamos en conocer, a la vieja usanza positivista, distintos aspectos y momentos del movimiento obrero y de asociación: centrales sindicales, huelgas, corrientes políticas ideológicas, etc.; sino que, por el contrario, nuestra concepción de clase obrera como entidad histórica nos obliga a indagar la diversidad de experiencias humanas y, por tanto, de mentalidades y conductas. El concepto "clase" debe emerger del estudio de las relaciones sociales en el tiempo; es decir, primero hay que estudiar cómo se forma y cuáles son sus orígenes, mediatos e inmediatos, de la clase obrera.

Para el caso mexicano es posible establecer un tiempo y un espacio para ubicar el estudio de la formación de la clase. La época de finales del siglo XIX a mediados del XX periodiza su análisis por varias razones. Durante este poco más de medio siglo, el balance entre población rural y población urbana se fue inclinando hacia la segunda. La concentración en grandes o pequeñas ciudades trajo aparejada cambios en las formas de vida. La concentración urbana se debió en gran medida a cambios en la estructura productiva del país -aparecieron las fábricas- y a la orientación de la economía que reemplazó la producción de subsistencia por la producción comercial. Los cambios en la política favorecieron una dinámica de crecimiento de la industria y la agricultura comercial e hicieron más atractiva la condición salarial. Residencia urbana, trabajo asalariado y fabril, organización sindical son todos elementos que denotan cambios en las relaciones sociales, aunque nada dicen sobre la naturaleza o el significado de esos cambios.

En cuanto a espacio, en el proceso de formación de la clase obrera mexicana, no todo el país atravesó por fases de urbanización e industrialización, ni la política transformó el uso del poder en todos los lugares. A mediados del siglo XX, grandes estados contenían una población rural mayoritaria, ofrecían pocas fuentes de trabajo industrial, y en gran número de localidades el uso del poder guardaba aún formas tradicionales. Por tanto, el espacio específico de formación de la clase obrera industrial, abarca los llamados polos de desarrollo, como las ciudades de México, Monterrey, Orizaba y Tampico. Incluye también las áreas periféricas que fueron transformadas por estos polos de desarrollo.

En su mayor parte, el espacio geográfico de dinamismo social se fue transformando. Hacia finales del siglo XIX surgen el golfo y el norte caracterizados, a mediados de siglo, por su muy escasa población, poco más de una décima parte de la población total del país: en 1921 representaba alrededor de un cuarto, y los índices de crecimiento eran mayores al promedio nacional y sólo segundos a los del Distrito Federal entre 1910 y 1940. También son esas zonas las que presentan un mayor porcentaje de población inmigrante en esas décadas. Todo ello nos lleva a afirmar que el espacio donde se desenvuelve la clase se conforma no sólo por la urbanización e industrialización, sino que también la inmigración juega un papel decisivo.

La inmigración liga dos espacios, al que se arriba y del que se sale. El deterioro de las condiciones de vida en algunas regiones o en el país en general, obligó a los individuos a buscar su sustento en los nuevos polos de desarrollo, constituyendo así los contingentes que engrosarían la clase obrera en formación. La inmigración afectó a zonas específicas y a individuos particulares y su historia es más compleja de lo que permite entrever la acción externa de la atracción-expulsión. La migración es importante porque la gente tuvo que llegar a esos lugares donde la industrialización y urbanización

transformaron su carácter y su cultura y el de la sociedad mexicana en su conjunto. A su vez, lo que los inmigrantes hicieron, su respuesta al trabajo, al tipo de organización de vida, su resistencia a la opresión, fue continuidad de su experiencia anterior. Es el elemento humano y no las estructuras en abstracto lo que interesa a la historia social. Es necesario no sólo estudiar el desplazamiento en sí, sino el complejo de problemas y contradicciones englobados en la continuidad y la transformación de una forma de conducta y mentalidad. El estudio de la migración abre la puerta al problema de cómo y por qué una vida organizada por relaciones de parentesco cambia a una forma de vida organizada por relaciones de clase.

La proletarización del artesanado y su incidencia en la formación de la clase

En esta línea de análisis, en un país de gran tradición artesanal como México -prehispánico, colonial, independiente, contemporáneo-, comprender los procesos de formación y características socioculturales de comunidades y grupos de artesanos es fundamental en el estudio de la formación histórica de la clase obrera. La influencia ejercida por el artesanado, con todo lo que ella implica, cultura, ideología, mentalidad, dominio del oficio, movimiento de asociación, va mucho más allá de la descomposición y desplazamiento que comienza a experimentarse con la introducción de formas capitalistas de producción en la segunda mitad del siglo XIX.

Su mentalidad, su cultura, continúan permeando a la nueva sociedad en formación. Esta influencia se manifiesta tanto en lo que hace al proceso de trabajo como en la vida de la comunidad. En el proceso de trabajo cuenta su habilidad, conocimiento técnico, capacidad de organización, etc., influencia ejercida no sólo en la rama industrial de que se trate (el caso más típico, la textil y la zapatera); también trasciende a otras de nueva formación como la petrolera, eléctrica, etc., en donde por el grado de capacitación, muchas veces alfabetización, manejo de herramientas, etc., se tornan piezas claves en el engranaje de las nuevas industrias. De no menos peso e importancia es la influencia que ejercen al interior de la comunidad y en los movimientos de asociación, donde claramente se perciben rastros de la antigua organización gremial y corporativa. Su religiosidad, sus valores morales, su orgullo, su resistencia a la proletarización, son elementos que inciden activamente en el proceso de formación, conciencia y accionar de la clase obrera mexicana.

En el siglo XIX se genera y comienza a fraguarse la formación del proletariado fabril en México, la cual, en algunas regiones y ramas, se extiende hasta nuestros días. Permanentemente se van incorporando nuevos contingentes de trabajadores de diversas regiones geográficas y socio-profesionales y una de las fuentes constantes de reclutamiento estuvo alimentada por el artesanado y otros sectores populares urbanos. Para la mejor comprensión de este proceso incursionamos en las primeras décadas del siglo XX, cuando se observan continuidades y alteraciones en el mismo. Por otra parte, en períodos más recientes es más fácil estudiarlo y comprenderlo integralmente gracias a la ayuda que significan los testimonios orales que arrojan claridad sobre situaciones que, por lo general, no se manifiestan en la documentación escrita y posibilitan el conocimiento

de las formas de trabajar, las mentalidad, la cotidianeidad, el tiempo de vivir; en una palabra, la cultura del artesanado en tanto ser social.

Entre 1877-1910 la producción industrial en México, especialmente la minera y la textil, experimentó una verdadera expansión en cuanto al número de establecimientos, capacidad productiva instalada y los volúmenes de producción. Sin embargo, hacia fines de siglo la estructura productiva y ocupacional del país continuaba caracterizándose por su complejidad y heterogeneidad. El sector fabril continuaba coexistiendo con formas de producción tradicionales que en algunos casos quedan articuladas en un mismo proceso productivo controlado y orientado por él mismo. Si bien la industria fue transitando a formas capitalistas de producción en algunas ramas, estos desarrollos regionalmente diversificados conocieron evoluciones y coyunturas muy distintas que difícilmente pueden ser asimilados con industrialización. Por el contrario coexisten en todas partes con supervivencias, y aún surgimientos y consolidaciones, de producciones tradicionales, artesanales y manufactureras.

Al interior de este contexto y ante la mutación gigantesca que implica la proletarización, los primeros obreros observaron actitudes muy dispares y a veces contradictorias. Por un lado, importantes capas intermedias de la sociedad preindustrial (pequeños artesanos, miembros de gremios transformados en obreros calificados) pasan a integrar el proletariado y por su conocimiento del oficio en algunas partes del proceso de trabajo pasan como "maestros" a supervisar a operarios y ayudantes a su cargo. A su vez, formarán los primeros cuadros ideológicos de la naciente clase obrera; la mayoría de las luchas de los trabajadores de esta primera etapa estaban encabezados por artesanos. Por otro lado, fueron rebeldes a adoptar las costumbres, los horarios, el espacio fabril, la productividad, y del mismo modo se mostraban bastante incrédulos frente a una nueva conciencia que emergía, no visualizando sus intereses en el hecho de crear sindicatos. No faltaban tampoco los artesanos que, incapaces de afrontar el nuevo orden industrial, desplazados y potencialmente disidentes, fueron captados por la policía rural, o bien engrosaban los grupos de bandidos que se fueron conformando en las distintas regiones a lo largo del siglo XIX.

Las diversas actitudes asumidas por los artesanos están relacionadas con las experiencias vividas: anteriores, en cuanto al origen, lugar y oficios de donde provienen; y nuevas, cómo se van integrando al nuevo orden productivo, basado en la división del trabajo, que los transforma en un engranaje más; es decir, cómo viven la pérdida del dominio íntegro del proceso de trabajo, basado en una calificación especial y la habilidad individual. Estas experiencias son distintas según los grupos y sectores y en todos los dominios, físicos y mentales.

Del mismo modo, el proceso que se da en una de las regiones por nosotros estudiadas, origina actitudes y comportamientos muy particulares que conforman el tipo de sociedad y cultura que conservan hasta épocas muy recientes importantes grupos de población en México.

En la pequeña comunidad de Moroleón, estado de Guanajuato, hacia fines del siglo XIX se consolidó la producción artesanal-manufacturera del rebozo, misma que

articuló y otorgó identidad a la población.* En las primeras décadas del siglo XIX, esta comunidad era un pequeño poblado rural donde la mayor parte de la población se desarrollaba al interior de una economía campesina, con una agricultura de subsistencia basada en el trabajo familiar, con explotaciones demasiado exiguas de las que no podían depender para subsistir todo el año, y un pequeño comercio, de arrieros, viajeros de cortas y largas distancias.

En la década de 1840, la pauperización del campo debida a los cada vez más escasos rendimientos de un suelo ya de por sí poco apto para la agricultura, el aumento de población y la iniciativa de un fraile agustino, indujeron la expansión de la producción rebocera. Conjuntamente con la creación de la vicaría eclesiástica se introdujo la fabricación artesanal del rebozo. En la década de los ochenta, aproximadamente, esta comunidad pasó a ser predominantemente artesanal. La fabricación del rebozo absorbía a la mayor parte de la población y articulaba el conjunto de la actividad económica (comercio, agricultura, alfarería) y la vida social. Ni la actividad agrícola ni el comercio desaparecen ni son desplazados; por el contrario, se integran y se complementan a lo largo de todo el proceso de producción y comercialización del rebozo.

En el transcurso del siglo XIX la pequeña comunidad rural se transformó en una sociedad con una economía compleja, donde las formas de trabajo, de vida y de religiosidad del poblado campesino seguían permeando los valores de la población. Por su estructura productiva y el mismo proceso de elaboración del rebozo, no suceptible de mecanización industrial, y su capacidad para absorber abundante mano de obra, para esta comunidad artesanal no había llegado la hora del desplazamiento industrial. Por el contrario, en las primeras décadas de 1900 la producción rebocera se consolidó y experimentó una gran expansión que incluso se mantuvo a pesar de las perturbaciones ocasionales en la época revolucionaria en toda la región del Bajío. La posterior disminución de la producción rebocera hacia la década de 1950 no estuvo determinada por la introducción de nuevas técnicas industriales, sino por la modernización de la moda y las costumbres que llevó a la desaparición del rebozo en cada vez más importantes sectores de la población.

La misma coyuntura que favoreció el surgimiento de la nueva industria en el siglo XIX, estimuló una recuperación parcial y aún la expansión de las viejas formas de producción, en su estructura tradicional o más modernas, de tipo manufacturera. La consolidación de la producción artesanal manufacturera del rebozo en Moroleón es un ejemplo de ello.

La tradicional producción doméstica artesanal de rebozo tenía mucho arraigo en la zona donde, como en otras regiones del país, su uso era obligado. En general, su elaboración se realizaba como complemento de la actividad agrícola; pero, debido a los cada vez más escasos rendimientos de la misma y el aumento de población, fue necesario buscar una actividad que procurara ingresos adicionales. Salvo la minería, la región del Bajío no ofrecía a mediados del siglo XIX muchas alternativas de empleo; la migración era el camino que aguardaba a muchos de sus pobladores. Esta situación, aunada a la

* Para ejemplificar las características de este caso me baso en mi trabajo anterior *Proceso de trabajo, producción artesanal-manufacturera y comunidad rebocera, Moroleón (Gto.) 1840-1920*, en *Historia social del trabajo en México*, D.E.H., I.N.A.H., junio de 1989.

presencia de los agustinos, orden hegemónica en la zona que impulsaba un proyecto de trabajo y evangelización, dio lugar a una mejor organización e inserción de la industria rebocera, la cual, por su proceso de trabajo es capaz de absorber gran número de trabajadores y es compatible con la escasa producción campesina, origen y arraigo de los lugareños. De esta manera, hacia la década de los 80, la fabricación del rebozo se había consolidado y expandido en Moroleón en torno a la producción manufacturera, que a su vez se articulaba con la doméstica tradicional y el trabajo a domicilio. A partir de 1880, año con año se registraban por lo menos cuatro grandes talleres de 60 a 100 telares cada uno, un número variable de talleres de 5, 10, 20 y 30 telares cada uno, e infinidad de talleres pequeños que se aproximaban a la unidad.

El análisis del proceso de elaboración del rebozo con base en entrevistas obtenidas con un viejo maestro rebocero en su taller -que seguía siendo el mismo que había heredado de su padre-, nos permitió comprender las características manufactureras de algunos talleres de la época: división del trabajo, administración del trabajo por parte del propietario, complementariedad con la producción doméstica y trabajo a domicilio. El mismo proceso de trabajo del rebozo facilita que el maestro rebocero, por lo general tejedor, no lo elabore en su totalidad, sino que dirija y enseñe a las numerosas personas que participan en operaciones parciales, verdadera característica de la producción manufacturera, para aumentar la productividad y el volumen de la producción. Por otro lado, los talleres manufactureros estaban vinculados directamente a las dispersas unidades productivas. A través del trabajo a domicilio existía una relación directa entre la manufactura y los talleres domésticos dispersos, ya sea por el encargo de diversas etapas del proceso de trabajo o directamente la confección, por encargo o venta, de la pieza completa. También de las entrevistas surgió cómo en esa comunidad de verdaderas características endogámicas, esta vinculación entre grandes y pequeños talleres se realizaba a través de los lazos de familia o de compadrazgo. Lo mismo sucedía al interior de la manufactura: ser amigo o pariente y "hablar y ponerse de acuerdo" era suficiente para tener acceso al trabajo. Sin duda, en la nueva organización productiva se impuso la lógica del trabajo artesanal, en tanto el maestro artesano, fuese o no el propietario del taller, era el que controlaba íntegro el proceso productivo y le imprimía el ritmo a la producción.

Otro factor a tener en cuenta al analizar la supervivencia, influencia e inserción del artesanado en las nuevas formas productivas industriales es el nivel de alfabetización y escolaridad alcanzado. Una preparación previa del trabajador lo torna más apto para operar en una época de cambio e indudablemente la preparación escolar estaba vinculada a la disciplina, indispensable en la nueva organización productiva. Los artesanos destacaban en ese sentido al interior de la gran masa iletrada de campesinos que se incorporaron a la industria.

Dentro de la lógica y cultura artesanal, la educación siempre jugó un papel importante. Lo vemos claramente en el caso de Moroleón. Simultáneamente a la instalación de los primeros telares y la vicaría eclesíastica, aparecen dos escuelas de primeras letras, una para varones y otra para niñas. A lo largo del desarrollo artesanal manufacturero del poblado, esta preocupación se mantuvo. Pocos años más tarde aparecen otras escuelas, oficiales y religiosas, donde se aprendía a leer y escribir, matemáticas, el trabajo y las normas éticas y morales dictadas por la Iglesia. Pudimos comprobar en los libros parroquiales (nacimientos, bautismos y defunciones), donde este

tipo de datos queda asentado (lee-escribe-sí-no) el gran índice de alfabetización de esta población, que contrasta con los altos niveles de analfabetismo entre la población rural y trabajadora de México y al que no fue ajena la Iglesia.

Con el impulso agustino, el pequeño poblado rural que era Moroleón se fue transformando en el transcurso del siglo XIX en torno a la producción artesanal manufacturera del rebozo. Paulatinamente se fue conformando una identidad en las mentalidades y en las costumbres con una dimensión cultural y ética acordes a las formas de producción campesina y artesanal y a códigos morales dictados y regidos por la Iglesia. Según los agustinos, "...piedad y laboriosidad lo han llevado [a Moroleón] al progreso material dentro de los cauces de la vida cristiana..."(1).

En las primeras décadas del siglo XX los talleres artesanales-manufactureros se consolidaron, creció la producción rebocera y se afianzó el comercio. Aumentó la población, el crecimiento del pueblo continuó; aparecieron algunos edificios, la Municipalidad, el hospital; se construyeron puentes y un dique sobre el arroyo que atravesaba el centro de la ciudad; se inauguró el teléfono, la luz eléctrica en 1911 y el nuevo templo en 1913. Como en toda la región del Bajío, la revolución perturbó la vida de la población; sin embargo, a pesar de la pobreza y escasez de algunos años de la inquietud política, de los conflictos y pugnas internas, de la epidemia de gripe de 1918, aunque más lentamente, el progreso continuó. La gente llegaba a Moroleón porque "era considerado como lugar de paz y trabajo, [...]claro exponente de provincialismo acendrado y sincero, de laboriosidad inquebrantable y de perseverancia tradicional..." Se comenzó a hablar de los "nuevos ricos", reboceros y comerciantes, "que han hecho su fortuna a base de trabajo constante y tenaz". Desaparecieron las antiguas familias que antes formaban la clase dirigente, descendientes de los primeros pobladores, lo que se puede apreciar en las nuevas autoridades municipales. Hacia 1920 la pugna se estableció "entre figuras principales que eran propietarios de talleres y arrastraban a sus trabajadores a la política militante, de acuerdo con su preferencias". Sin embargo, en la población se observó un "retraimiento cívico de los moroleoneses que prefirieron dedicarse a la actividad productiva, en lugar de exponerse a las humillaciones de una política partidista vergonzante y sin altura" (2).

El paternalismo acendrado, propio de una cultura artesanal, se reflejó en el hogar, en el taller y en la política. La autoridad paterna, apoyada en la moral católica y en los patrones de conducta dictados por la Iglesia (3), es indiscutida en este pueblo que continuamente se caracteriza a sí mismo como tradicionalista, respetuoso de la moral y de las costumbres. Estos son observados, o por lo menos proclamados tanto por "las familias" de "la mejor sociedad" como por la gente pobre, de clase humilde, que disfrutaban por igual, aunque "desde el lugar de cada quien", de las mismas diversiones: ferias, toros, gallos, noches buenas, la vuelta a la plaza y al jardín, serenatas, fuegos artificiales y las procesiones organizadas por las distintas cofradías religiosas, el comercio, los obreros y la industria en el mes de enero en honor del Señor de

(1) NAVARRETE, Nicolás P., O.S.A.: *Historia de la provincia agustiniana de San Nicolás Tolentino de Michoacán*. Tomo II, México, Porrúa, 1978. pp.121-122.

(2) LOPEZ LOPEZ, Jesús : *Moroleón. Ciudad cabecera y municipio del estado de Guanajuato, recopilación de datos históricos*. Moroleón, Guanajuato, 1944.

(3) Entrevista a Aurelio Gallardo Guzmán, Moroleón, febrero 1987.

Esquipulitas, patrono de la ciudad: "Lo mismo el rico que el pobre, el campesino que el obrero, el patrón que la hortera, la mujer, el hombre y el niño... el pueblo entero de Moroleón, sin distingos de sexos ni de posición social, es el que le dio vida, calor, a estos acontecimientos..." (4).

Indudablemente que las características de la cultura artesanal de este pueblo retardaron, e incluso frenaron, la adquisición de una conciencia de clase. La proletarización y la lucha de clase fue firmemente resistida tanto por los maestros artesanos propietarios de los talleres como por los trabajadores dependientes. Lo mismo sucedió con la industria zapatera de León, también del estado de Guanajuato en el Bajío, de gran tradición artesanal y que, no obstante la presencia de modernas fábricas de calzado, la sindicalización, la resistencia expresada en huelgas, movimientos, etc. se retrasó hasta la década de 1960. En Moroleón, sencillamente este tipo de movimientos no se dieron nunca: "aquí no hay sindicatos, no los necesitamos... el trato es directo entre el patrón y el trabajador, de acuerdo a nuestras normas". Esas normas incluyen todavía sistemas de adelantos y deudas, préstamos, destajo, combinación con trabajo a domicilio, supeditación a las estaciones en el trabajo en el campo y la práctica del "san lunes", oficializada a la manera de los viejos campesinos artesanos; es decir, nadie trabaja los lunes porque es el día en el cual los tejedores, hilanderos, etc., realizaban tareas agrícolas en sus "huamiles", pequeñas parcelas de cultivo. "Esta tradición nació, por el hecho de que a todos los primeros reboceros, que era casi toda la población, y aún los nuevos, tenían lazos muy estrechos con el campo, muchos eran campesinos combinados con artesanos, y como hasta la fecha, tenían sus huamiles o pequeñas tierras que cultivaban, el día lunes combinado con algunos otros días dependiendo de la actividad agrícola, siembra, cosecha, escarda, etc.. Mientras algunas personas toman como secundaria la actividad agrícola, otros, al contrario, siendo campesinos toman como secundaria la actividad artesanal; tal es el caso de los amarradores y empuntadoras, que por lo general son de los ranchos cercanos" (5).

La permanencia del uso del rebozo en áreas fundamentalmente campesinas indígenas hizo que se siguiera produciendo en comunidades como la que hemos estudiado, que conservaron y se aferraron a su cultura e identidad artesanal al interior de una sociedad endogámica y cerrada, donde lo que cuenta son los lazos de familia, de amistad o de compadrazgo, donde los grupos y sectores sociales guardan similitud de origen, costumbres, creencias y formas de expresión, diferenciándose "tan sólo en los bienes de fortuna que los identifica a unos dentro de la clase de propietarios y a otros como asalariados u obreros" (6). En el caso de Moroleón, estas características y esta cultura, este "no enfrentamiento de clases" y continuar al interior del paternalismo no sólo se mantiene en los talleres reboceros, que son idénticos y los mismos que cien años atrás, sino que perdura y trasciende en los talleres que los reemplazan al calor de la moda, los de suéteres, algunos de los cuales trabajan con maquinaria altamente tecnificada importada en el año de Italia, pero que en la mayoría de los casos se limita a una máquina (en vez del telar) en la trastienda, en el cuarto de dormir, al fondo del gallinero, etc.. Sin duda, la permanencia de la mentalidad artesanal paternalista tiene mucho que ver con esta dispersión y la gran cantidad de pequeñas unidades productivas, la subsistencia del taller

(4) *Ibid.*

(5) *Ibid.*

(6) *Ibid.*

artesanal, los lazos familiares y la fuerte presencia de la Iglesia que, de algún modo, continúa rigiendo la moral y las costumbres de la población.